

JOSEF DE ACOSTA

## *Historia natural y moral de las Indias*

Edición crítica de Fermín del Pino Díaz. Consejo Superior de investigaciones Científicas. Madrid, 2008.

La *Historia natural y moral de las Indias*, del jesuita castellano José de Acosta, salida de una imprenta sevillana en 1590, constituye una obra enorme e infinitamente compleja, a la que en un breve resumen resulta incapaz de hacerle justicia. Es, en esencia, uno de los grandes libros de utilidad histórica y etnográfica, combinados para proporcionar un relato sobre la realidad de Meso América y el área nuclear andina, a las que investigó empleando el método comparado, a semejanza del que realizó fray Bartolomé de las Casas en su *Historia apologética sumaria* (1560), a cuyo manuscrito –José de Acosta, posiblemente– no tuvo oportunidad de revisar, aunque sí supo de su existencia, puesto que lo alude en un párrafo de sus escritos.

Considero al padre Acosta un acertado ejemplo de racionalidad y buen tino, aparte de su vocación por la teología, la naturaleza, la historia y etnografía de las altas culturas americanas, además de la propagación del cristianismo con procedimientos estrictamente pastorales, todo expuesto con riqueza informativa en páginas correctamente redactadas.

Mi participación –ahora– incidirá en los aportes que tan notable personaje ha hecho a la etnohistoria del Perú, Bolivia y Ecuador, lo que vale decir, al hoy denominado Mundo Andino, pero sólo en los aspectos que más podrían impactar a quienes lo lean por primera vez.

En primer término llama la atención que José de Acosta, no mediante la intuición

sino la reflexión llegara a razonamientos y conclusiones en los cuales se adelantó 300 años en lo que respecta al poblamiento del continente americano. Nunca aceptó que los primeros habitantes del Nuevo Mundo hayan sido oriundos de aquí, ni tampoco que hubiesen tenido su foco de origen en la presunta Atlántida, ni en lugar alguno del Mediterráneo, ni del cercano Oriente. A la totalidad de estas posiciones las tilda de «conjeturas muy livianas, y que tienen mucho más contra sí», y nada a favor de sí (p. 37). En lo que toca a esta problemática, ante la dificultad de los amautas y quipucamayos para explicar con evidencias coherentes y creíbles los orígenes del hombre americano, remitiéndolo todo a deslumbrantes narraciones mitológicas relacionadas a sus pacarinas, Acosta enunció –en 1590– la hipótesis de que el puente o istmo de tránsito del Viejo Mundo al Nuevo debía estar en un sitio por descubrir en el Ártico. Y que dicho cruce o trayecto debió ser cuando aquellos primeros inmigrantes habían ya sobrepasado a una etapa más avanzada de cultura, por cuanto ningún erudito español era capaz de descubrir en América vestigios de manufacturas humanas que hubiesen pertenecido a los tiempos prístinos de su venida. Precisamente desde el siglo xx sabemos que esto es cierto y que el lugar del referido pasaje fue Bhering, cuando las oleadas de inmigrantes ya habían alcanzado el paleolítico superior. Por lo tanto, a este evento deberíamos denominarle «la teoría

de padre Acosta», y no «la teoría de Alex Herdlika».

Son fascinantes sus argumentos y pruebas acerca de los diversos estadios culturales de los pobladores autóctonos del nuestro continente. Al respecto puso de manifiesto su pensamiento difusionista y evolucionista cultural acompañadas con otras de carácter cronológico, aspecto que guarda alguna semejanza con los conceptos también evolucionistas de Felipe Guaman Poma (1615), quien dividió en cinco eras la prehistoria andina, desde el primitivo *Pakarimoc Runa* hasta el civilizado *Inca Runa*.

Otro aspecto impactante en Acosta es que fue uno de los primeros en darse cuenta de la falta de unidad cultural en las etnias del continente americano. Se percató de la existencia de tres tipologías de vida y gobierno entre los pueblos indígenas:

1) Percibió que unos se mantenían ya por largo tiempo sin conformar Estados de ningún tipo, es decir, sin reyes, sin ordenamiento concertado, sino que sus existencias transcurrían sin cambios económicos, sociales ni políticos. Lo componían grupos totalmente inciviles, silvestres, sin ley ni rey, ni asiento estable, sino agrupaciones nómadas, sin viviendas ni asentamientos urbanos, deambulando de un lugar a otro en busca de alimentos, como seres indómitos. Según su óptica así fueron los primeros moradores de las Indias Occidentales, cuyos relictos aún quedaban entre los tupí-nambá del Brasil, y chiriguano, chunchos, iscaisingas y pilcozones en el Perú, por igual en gran parte de la península de La Florida y en el área chichimeca de México.

2) Pero de las multitudes, cuyo estilo de vida tipificaba a los anteriores, surgieron algunos hombres con perspectivas avanzadas, transformándose en los jefes o principales

del grupo, hasta implantar un modelo de gobierno más perfeccionado, en el que iban a prevalecer las comunidades libres o behetrías, con establecimientos fijos y mejor orden, administrados y conducidos por Consejos de muchos. Comunidades que, en las coyunturas de ataques ofensivos y defensivos, elegían un caudillo como capitán, a quien obedecían todos cuantos integraban la alianza; bien que en épocas de paz, cada congregación o pueblo tornaba a regirse por sí mismo, con jefaturas o principales a los que respetaban, pero jefaturas escogidas y elegidas como adalides guerreros cada vez que surgían cuestiones de importancia para resolver en beneficio de la totalidad. En las behetrías o comunidades independientes una de otras, no se padecía la sumisión por carecer sus autoridades de poder absoluto. Pone como arquetipo de organizaciones modelo behetrías a Arauco y Tucapel en el sur de Chile, a los Muiscas de Nueva Granada y a los Otomí en México, caracterizados por haber en ellos menos indocilidad pero sí más racionalidad en sus formas de vida. Son los llamados hoy señoríos y curacazgos o cacicazgos del Intermedio Tardío andino.

3) Justamente, de acuerdo a su cerebración, gracias a la intrepidez e inteligencia de algunas jefaturas en manos de visibles hombres excepcionales, se generó el mandato de los hábiles fundadores de reinos y monarquías con soberanos hereditarios, perpetuos y reconocidos dentro de un grupo de parentesco o linaje, que es exactamente lo que alcanzaron los habitantes del Perú y México, en el primero con los Incas y en el segundo con los Moctezumas, si bien ambos configuraron los espacios territoriales de sus Estados mediante invasiones y conquistas, actos a los que el padre Acosta llama «tiranía», de conformidad al léxico empleado en el siglo XVI, pero todo dentro de una admirable sistematización y gober-

nabilidad en grado extremo, es decir, con leyes públicas, centros urbanos fortificados, magistrados obedecidos, ejércitos disciplinados y solemnes cultos religiosos como sucedió –asimismo– en la India, China y Japón en el Asia, a la par de la difusión del idioma oficial –el quechua, en la situación del Tahuantinsuyo– sin extinguir los idiomas regionales y locales (p. 245). Le asombra que los andinos hayan llegado a tan altos niveles de cultura y civilización, pese a no haber inventado una escritura con letras, ni caracteres ni figurillas, si bien es cierto que en los quipus registraban su memoria histórica, su legislación, rituales, calendarios, literatura, cuentas y todo lo que querían. El jesuita Acosta quedó estupefacto al persuadirse de la puntualidad de los quipus. Al respecto escribe: «*Así como nosotros de 24 letras, guiándolas en diferentes maneras, sacamos tanta infinidad de vocablos, así estos de sus ñudos y colores sacaban innumerables significados de cosas*» (p. 189), a lo que adiciona: «*yo vi un manojo de estos hilos, en que una india traía escrita una confesión general de toda su vida, y por ellos se confesaba, como si yo lo hiciera por mí, por papel escrito*» (p. 190). De modo semejante, quedó perplejo cuando descubrió que el empleo de *yupanas* o calculadoras permitía a los *yupanacamayoc* llevar a efecto operaciones aritméticas con más rapidez que los mejores matemáticos europeos.

En lo cual no hay exageración. Pues 30 años antes, por disposición de los oidores de la Real Audiencia de Lima, fueron traducidos al castellano los quipus de Atunjauja, Lurinhuanca y Ananhuanca, labor que produjo más de 300 folios que contienen la historia completa de la alianza concertada entre Francisco Pizarro y los curacas de la etnia Huanca para destruir a los Incas. Ahí aparecen cifras, relatos de acontecimientos, nombres de personas y de lugares, que nos

dejan convencidos de cómo los quipus constituían verdaderos registros. La mencionada traducción fue llevada a España por el curaca Guacrapaúcar para entregarle a Felipe II en Valladolid.

En esta forma, Acosta explica la secuencia evolutiva de las sociedades prehistóricas e históricas del Nuevo Mundo. Es una evolución cultural tripartita, parecida a la que –de manera análoga– formuló Bartolomé de las Casas en sus *Tratados* que publicó en 1552-1553, inspirado en un versículo bíblico. Al fin y al cabo lo que sostuvieron el uno y el otro se corresponden casi con exactitud con el conocido sistema de Lewis Henry Morgan, quien en 1877 clasificó el devenir de la sociedad parejamente en tres períodos étnicos: salvajismo, barbarie y civilización. Al respecto sólo falta añadir que el evolucionismo cultural del padre Acosta engarza muy bien con el evolucionismo clásico de la ciencia moderna de Juan Bautista Vico, Hegel, Julian H. Service, Hermann Trimborn, Elman R. Service y tantos otros. Vico (1668-1744) es el autor del libro *Principios de una ciencia nueva de la naturaleza común de las naciones*, obra célebre en la cual distingue en la historia de cada pueblo tres períodos sucesivos: la edad divina (teocracia), la heroica (aristocracia) y la humana (democracia). Service es el autor de *Los orígenes del Estado y de la civilización. El proceso de la evolución de la cultura* (1975).

También aceptó la posibilidad de contactos marítimos de los habitantes de las playas peruanas con las lejanas islas del Pacífico Sur, pero ya en épocas más modernas, cuando habían alcanzado el estado de alta civilización, pues así le confirmaron los pescadores de Ica y Arica (p. 31), acontecimiento que fue descrito antes un poco más detalladamente por Sarmiento de Gamboa (1572) y Cabello Balboa (1586), al tratar de la expedición encauzada por

Tupac Inca Yupanqui rumbo a la Polinesia, textos entonces inéditos y no mencionados por Acosta, lo que anuncia haberlos realmente ignorado, no obstante haber tenido amistad con Sarmiento. Es un tema que fue aclarado a mediados del siglo xx, gracias a las investigaciones, entre otros, del francés Paul Rivet y del argentino J. Imbeloni, que desambrollaron el asunto compulsando las crónicas peruanas con las que han dejado los misioneros franceses que laboraron en algunas islas del Mar de Sur, especialmente en Mangareva.

Enseguida, no es posible pasar por alto que jamás aceptó lo que sostenían algunos de que *Tito y Paulo*, nombres de dos incas, hubiesen derivado del vocabulario romano, como tampoco que el apelativo **Perú** proviniera del legendario Ophir (Ofir) localizado en la India Oriental, pues –profiere– **Perú** es un topónimo moderno, a diferencia de Ofir que es muy antiguo. **Perú**, agrega enfáticamente, dimana de un río que a comienzos de la conquista encontraron los españoles en un paraje muy al norte de lo que es el **Perú**, concretamente se refería a la parte meridional de Panamá. Por lo demás, insiste que **Perú** no es palabra quechua, ni aymara ni castellana, aunque no pudo acertar con su traducción al español (p. 198-199). En lo atingente a *Paulo y Tito* hoy conocemos que son dos gentilicios andinos que vertidos al castellano son, respectivamente, «el que termina lo que empieza» y «lo incomprensible», este último uno de los sobrenombres del dios Wirakuchan.

Hizo la primera descripción del soroche o mal de altura, malestar que experimentó en el nevado de Pariacaca, en Lucanas, Soras y Collaguas. Describe las aplicaciones que los uros daban a la totora. Reseña las formas de pesca en la costa peruana, lago Titicaca y algunos ríos; cacería de patos en los totorales del mismo lago. Los diversos usos del maíz,

tubérculos, frutas, verduras y sazónadores –de preferencia el ají–.

Habla de las virtudes de las hojas de coca, señalando una muy importante, al confirmar que «con ellas rescatan como si fuese moneda, cuanto quieren» (p. 117). Expresa que al magüey le daban más aplicaciones en México que en el Perú, los andinos conservaban las brasas encendidas dentro del tallo fofo de este vegetal. Proporciona una relación de las maderas de construcción, de las plantas medicinales y de los herbolarios que abundaban en la integridad de las etnias, y concomitantemente de la fauna nativa y extranjera.

En lo que atañe al plátano está persuadido de la existencia de una especie propia de las Indias, muy diferente al del Viejo Mundo, no obstante que en el espacio andino no encontró el vocablo nativo para designarle, por lo que los españoles desde un comienzo le llamaron análogamente *plátano*; la admira por ser una buena fruta, con hojas de maravillosa grandeza, pues una sola puede tapar a un hombre poco menos que de pies a cabeza. Es planta que bajo tierra hace cepa y en ella nacen diversos pimpollos, sin estar asido ni trabado el uno al otro. Su fruta es alimento sano y sustancioso. Los doce meses del año rinde cosechas, ya que al ser tronchado un racimo simultáneamente emerge otro.

El capítulo sobre religión, si bien no llega a la minuciosidad informativa de Cristóbal de Molina y Polo de Ondegardo, de quien fue amigo, de todos modos ofrece párrafos que sirven para esclarecer determinadas realidades. Luego de hablar de Wirakuchan, del Sol, de la Luna, de las estrellas, de la zoolatría, fitolatría y del panteísmo en general, aborda entre otras temáticas ponderables lo pertinente al dios denominado Tangatanga, adorado en su santuario o huaca en Chuquisaca. Manifiesta que era una estatua que repre-

sentaba a tres personas lado a lado, cual siameses podríamos decir nosotros, que el clero extirpador de idolatrías lo definió como «ídolo que decían que en uno eran tres, y en tres uno» (pp. 174-175), o en otras palabras: la Santísima Trinidad. Los sacerdotes católicos lo reinterpretaron como una maniobra de Satanás para confundir a los naturales, propuesta que no fue descartada por el padre Acosta. Bien que hoy, gracias a los arqueólogos y etnohistoriadores bolivianos, ha sido posible despejar la oscuridad. Tangatanga es una voz quechua que glosada al castellano es la bola que hacen y ruedan los escarabajos, y tal era el nombre de la colina en cuya cima estaba edificado el templo consagrado al Trueno, Relámpago y Rayo, conceptuados por el imaginario andino como tres hermanos inseparables que producían las tempestades con sus respectivas descargas pluviales, siempre esperadas por los agricultores. Por lo tanto, los tres personajes celestiales estaban representados en una efigie que recibía el nombre de Chuqui-Illa, el mismo que en la sierra de Conchucos a Cajamarca recibía el nombre de Apo Catequil, y en Quito el de Catequilla. En el Museo de Arqueología de la Universidad Mayor de San Simón, en Cochabamba, se guarda una pequeña imagen de estos tres entes sobrenaturales contiguos que siempre actuaban aunados, sin separarse jamás. Por lo restante, también constituía un oráculo (Gisbert, 1987). En consecuencia, Chuqui-Illa configuraba el nombre de la divinidad, cuyo santuario estaba en la parte alta del cerrillo denominado Tangatanga, motivo por el cual más le reconocían con este apelativo y no con el propio. Es una costumbre recurrente en el perímetro andino; como ejemplo podemos citar al dios Yaro, más conocido como Pariacaca, que es el topónimo de la cumbre nevada donde estuvo la cueva que alojaba

a la momia del caudillo llamado Yaro, que comandó la invasión y conquista que dio nacimiento al señorío de Anan y Lurin Yauyos (*cf.* Dávila Briceño, 1582).

Dato notable es el concerniente a la duración de la semana entre los Incas. Asegura que no eran propiamente semanas de siete días. La cuenta de la semana no era como la del año por el curso del sol, ni como la del mes por el trayecto de la luna. Simplemente —escribe— no conocieron lo qué es la semana (*cf.* 184).

Otra figura que debemos resaltar es la pertinente a la danza del huacón, amenizada con instrumentos musicales, poemas y canciones por ejecutantes enmascarados que le causaron espanto, de la cual igualmente hay someras referencias en los folios dejados por los extirpadores de idolatrías del siglo XVII. El mérito de Acosta es haber sido el primer cronista en hacer alusión a ella en la décimo sexta centuria; claro que no entra en pormenores, le basta manifestar que conformaba una coreografía llena de supersticiones en honor a cierta huaca, cuyo patronímico no menciona (pp. 206-207). Sin embargo, «por ser mucha parte de ella pura recreación», dicha danza no pudo ser extinguida por los doctrineros, sino más bien consentida, por lo que su continuidad quedó asegurada. Lo que explica por qué la danza del huacón pervive hasta hoy. De ahí que ha sido estudiada por antropólogos y en especial por el folclorólogo Simeón Orellana. En el distrito de Mito, de la provincia de Concepción, en la primera semana de cada mes de enero es escenificada por los campesinos descendientes de la etnia Llacuaz, muchos de los cuales se atavían en los mencionados días con sus atuendos de modelo antiguo. Orellana, después de analizar las fuentes documentales, lingüísticas, arqueológicas y antropológicas, ha demostrado que se trata de una danza dedicada al dios Con, y que su finalidad

fue y es el control social de las mujeres pertenecientes a los ayllus, cuya censurable conducta –en tales oportunidades– era y es públicamente pregonada y sancionada con fuertes latigazos, con miras a no permitirles la reincidencia de los malos comportamientos en el próximo año.

El padre Acosta reconoce que la expansión del quechua por obra de los Incas, a lo largo y ancho del Tahuantinsuyo, facilitó la predicación del Evangelio en tiempo récord por los sacerdotes, ya que éstos con solo conocer el referido idioma podían recorrer cualquier ámbito del país. De no haberse presentado esta circunstancia la cristianización habría sido difícil porque los misioneros del siglo XVI –específica– carecían del don para aprender tantas lenguas de manera simultánea (p. 245).

Todas estas excelencias del libro cumbre del padre Acosta contribuyeron para su rápida divulgación y aceptación en los medios intelectuales, pues constituye la base del pensamiento cultural evolucionista que se reafirma en la edad de la Ilustración con Vico y Hegel. Sí, Acosta, además de humanista fue un científico social del Renacimiento. Los mejores

elogios a su labor corresponden a la Real Academia de la Lengua, que lo inscribió en su catálogo de autoridades en el idioma castellano; también al padre Benito Feijoo, quien le llamó *el Plinio del Nuevo Mundo*, frases constantemente repetidas por los biógrafos de Acosta; en tanto que Alejandro von Humboldt lo consideró uno de los primeros pilares de donde arranca la ciencia moderna.

Finalmente hay que saludar y felicitar el científico social español, Fermín del Pino-Díaz, por haber hecho con rigurosidad supercrítica la duodécima edición en lengua española, incluyendo dos facsimilares, de esta crónica imprescindible que permite conocer más a fondo la etnohistoria e historia mexicana y andina. Del Pino-Díaz ha modernizado la grafía textual sin alterar su fonética, lo que permite comprender la trascendencia de esta crónica. Las enmiendas ortográficas son perfectas, sin trastocar ni eludir nada. Todo acompañado con nutridas notas aclaratorias, índices y glosarios pertinentes, sin interrumpir la lectura del texto que es amena y clara<sup>1</sup>.

WALDEMAR ESPINOZA SORIANO

---

1 *Obras del P. José de Acosta de la Compañía de Jesús*. Estudio preliminar y edición del P. Francisco Mateos de la misma Compañía. Ediciones Atlas. Madrid 1954. BAE 73.